

RODANDO POR LA VÍA DEL TREN

Por *Perla Arthur*

EL SR. ARTHUR salió esa mañana para su trabajo una hora más temprano que de costumbre. Cuando la Sra. Arthur le dio el beso de despedida y él se dirigió al camión, ella le dijo:

Si tienes mala suerte, regresa a casa. El joven colgó el farol encendido en la parte delantera del camión con la esperanza de que éste le alumbrara el camino lo suficiente como para manejar. Las luces del camión no funcionaban... pero eso no era todo lo que andaba mal en el camión. Se trataba de un modelo antiguo que había trabajado mucho. Para mantenerlo andando había que repararlo casi cada semana.

Cuando el Sr. Arthur lo compró no tenía cabina. Pero llegó el otoño, y a veces el clima se ponía demasiado frío para conducir sin ninguna protección. De modo que el día anterior el Sr. Arthur había llevado el camión a un taller y le había hecho instalar una cabina. El arreglo de las luces tenía que esperar hasta que trabajara unos días más y pudiera ahorrar suficiente dinero para pagarlo. Muy rara vez salía él antes del amanecer o regresaba después de oscurecer, de modo que podía arreglárselas bastante bien sin las luces delanteras.

El trabajo del Sr. Arthur consistía en acarrear vigas de madera desde un establecimiento que estaba a unos diez kilómetros al norte de un pueblecito de Indiana, hasta la estación de ferrocarril, situada en la parte sur del pueblo. Ese día en particular había resuelto comenzar su trabajo más temprano con el fin de poder hacer un viaje más.

Cuando llegó al establecimiento, amanecía, de modo que no necesitó más el farol. Apagándolo, lo colocó dentro de la cabina y luego comenzó con su trabajo de cargar las vigas. Cuando completó la carga, la aseguró con cadenas para que ésta no fuera regándose por la carretera.

El Sr. Arthur llevó esa camionada a la estación de ferrocarril y volvió al establecimiento para buscar otra.

Y así pasó el día como de costumbre, excepto que habiendo comenzado tan temprano le dio tiempo de llevar una camionada extra antes de que anocheciera.

Esa noche, cuando la cena estuvo lista, la Sra. Arthur estaba a la expectativa, esperando escuchar en cualquier momento el ruido familiar del camión que se acercaba por el camino.

Pero su esposo no llegaba. Como no tenían teléfono en la casa, la Sra. Arthur no hallaba la forma de saber qué era lo que estaba causando esa demora. ¡Sólo le quedaba esperar!

¡Pasó una hora! Al oír el picaporte de la puerta miró para ver quién llegaba. Era el Sr. Arthur, y sus primeras palabras fueron:

-Bueno, regresé.

-¿Dónde está el camión? -preguntó extrañada la Sra. Arthur.

Como si él hubiese esperado esa pregunta ya la estaba contestando.

-Cuando crucé la vía con mi última carga un tren atropelló el camión y lo hizo añicos. El golpe hizo que la



cabina donde yo iba, se desprendiera del camión. Esta dio varias vueltas frente al tren hasta que finalmente rodó fuera de la vía. Cuando la cabina dejó de rodar, salí gateando de ella. Pocos minutos más tarde uno de los ferroviarios que venía en el tren estaba a mi lado. Me palmoteó la espalda y me dijo: "indudablemente que Ud. es un hombre de suerte!" Y así lo creo yo, porque todo lo que me pasó fueron estos pocos raspones que me hice en las manos.

"No tardó en reunirse a mi alrededor una multitud -continuó el Sr. Arthur-, y entre los presentes había varias personas que me conocían. Parecía que todos decían lo mismo: "Nunca esperábamos encontrarlo vivo". Evidentemente estaban muy sorprendidos. Las vigas de la carga del camión se habían esparcido por todas partes, y el resto del camión había quedado realmenté déstrozado. El tren lo había embestido justamente detrás de la cabina.

Lós ferroviarios que venían en el tren me hicieron muchas preguntas. Les expliqué que cuando yo crucé la vía las señales del paso a nivel no funcionaban. De manera que retrocedieron por la vía con el tren y luego avanzaron, repitiendo esa operación varias veces para probar si las señales funcionaban. Cuando vieron que yo decía la verdad, y que las señales realmente no funcionaban, me dijeron que tan pronto como fuera posible sería indemnizado por todos los daños que había sufrido.

"Antes de abandonar el lugar, miré nuevamente la cabina, y allí estaba el farol tan bueno como siempre".

Es indudable que el.buen Padre celestial había guiado al Sr. Arthur el día anterior en su decisión de hacer colocar una cabina al camión. Esta lo protegió en el momento cuando el tren lo atropelló, salvándole la vida.

Hace más de 54 años que eso le ocurrió a mi esposo, y durante todos esos años Dios nos ha ayudado en nuestras decisiones. Hemos confiado en él, y él nos ha cuidado. El hará lo mismo por ti. Cree en él, ámalo, y guarda sus mandamientos. El te ama y te cuida, de modo que, ¿por qué no habrías de confiar en él y obedecerle?